

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Agustín Cosovschi y José Luis Aguilar López-Barajas, *Nueva historia del comunismo en Europa del Este* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2024).

Carlos Álvarez

*Investigaciones Sociohistoricas Regionales –
Universidad Nacional de Rosario /
CONICET*

carlosmdp25_@hotmail.com

*Fecha de recepción: 13/09/2024
Fecha de aprobación: 22/10/2024*

Cualquier historiador americanista sabe sobradamente las dificultades teórico-metodológicas que supone tener como objeto de estudio todo un continente o una fracción de este. En esta oportunidad, desde otra latitud, pero con iguales dificultades, esta *Nueva historia del comunismo en Europa del Este* se adentra en una muy necesaria investigación de una vasta y no reductible región de Europa. Hay obras que nacen para insertarse en nutridos campos académicos con profundos desarrollos y discusiones, pero hay otras que vienen a crearlos, como en este caso lo hacen Agustín Cosovschi y José Luis Aguilar López-Barajas. No sig-

nifica que la temática sea nueva en absoluto, pero sí resulta una novedad para la historiografía de habla hispana, fundamentalmente en esta esquina del mundo. Esto encuentra explicación en al menos tres posibles variables.

En primer lugar, la barrera lingüística, que siempre ha arrojado un manto de lejanía para con las producciones provenientes de la Europa central y oriental, o Europa del Este en la segunda posguerra según la caracterizan los autores. Al tratarse de lenguas no hegemónicas, nuestro conocimiento sobre aquellos procesos históricos siempre ha estado fuertemente mediado por traducciones que posibilitan al tiempo que ocuyen cuáles de dichas discusiones pueden llegar a estas latitudes. El segundo factor se haya en la dimensión ideológica y política de la Guerra Fría, donde las lecturas occidentales han arrojado a esta fracción del continente europeo al campo soviético sin miramientos de ningún orden y en la mayoría de los casos con indisimulado desprecio o sospecha por su historia comunista, transformando a la región y a sus actores sociales en un mero satélite o reflejo devaluado de la experiencia moscovita. De esta forma, el estudio del comunismo soviético pareciera no precisar análisis situados, por cuanto la región no gozó de mayores estudios regionales. Finalmente, un tercer factor viene de la mano de los primeros dos y a caballo de los postulados de Edward Said, puesto que Europa y el mundo occidental han sabido tejer una mirada orientalista mistificada, esencialista y vacía de matices a la hora de problematizar esta región clave en los procesos históricos de los dos últimos siglos.

En este sentido, la propuesta que ambos autores han encarado resulta cíclopea, no tanto por el tamaño de la obra y su aparato empírico —orientado a un público amplio—, sino por lograr sortear todas las mencionadas dificultades que supone arrojar luz sobre una vasta y compleja región como esta. Al mismo tiempo, por lograr hacerlo con un dificultoso poder de síntesis que equilibre las generalidades con los particularismos. Naturalmente, esta apuesta resulta arriesgada en la medida en que, por su originalidad y novedad, afronta grandes desafíos metodológicos. Con una escritura amena, pero rigurosa, los autores logran problematizar esta región a partir de establecer dos grandes cortes témporo-conceptuales, marcando una diferencia entre lo que denominan Europa central y oriental primero, y Europa del Este después, donde lo primero responde al período previo a la Guerra Fría, mientras la segunda lo hace a la denominación que adquirió la región luego de la segunda posguerra.

De esta forma, los autores logran pensar este espacio y experiencia socialista y comunista desde sus complejas realidades, pivotando permanentemente entre las lógicas regionales, cuando estas permitan pensar los procesos históricos con coherencia interna, pero también desbrozando las fronteras para analizar las situaciones particulares de cada reivindicación étnica, política y territorial. Esta opción metodológica pendular y bifronte responde a dos hipótesis articulares de la investigación. En primer lugar, porque entienden que la coherencia interna de la región responde no a factores topológicos, mucho menos lingüísticos y culturales, sino al complejo proceso de transición capitalista que vivieron en la mayoría de sus casos, tensionados por los procesos paralelos de la Rusia zarista y el occidente europeo. En segundo lugar, porque señalan que la compleja experiencia nacional es otro de los vectores que no permiten subsumir a la región a una lógica de bloque, por cuanto cada derrotero particular merece y debe ser pensado en su propia dinámica, aspecto menos novedoso historiográficamente, pero bien ponderado a lo largo del análisis.

El libro se articula en seis apartados diacrónicos y un epílogo. Dichos capítulos pueden ser pensados en mitades. Los primeros tres capítulos se articulan a lo largo de un siglo entre mediados del siglo XIX y la Segunda Guerra Mundial, intervalo en el cual la región bajo estudio experimentó el impacto de la experiencia capitalista en su frontera occidental de forma disímil. Esto se debía a que se encontraba atravesada por una realidad de atraso condicionada por la inexistencia de una burguesía capaz de revolucionar las estructuras productivas, al tiempo que los vientos revolucionarios de la primavera de los pueblos postulaban el internacionalismo en una región oriental de Europa que estaba fuertemente jalonada por la dominación zarista, otomana y austrohúngara, para la cual la cuestión nacional se presentaba como condición *sine qua non* de un cambio social.

El segundo capítulo tiene a la cuestión nacional en el centro del análisis, demostrando cómo los efectos de la llamada Crisis de Oriente hicieron que las potencias coloniales de Europa se acercaran al campo de batalla entre el zarismo y el Imperio otomano por el control geopolítico de los estrechos entre el mar Negro y el Mediterráneo. Los pírricos avances nacionales y territoriales que los serbios, bosnios y búlgaros habían logrado con la derrota otomana fueron obturados desde Berlín, agitando aún más el problema nacional en el interior de la región, el cual explotaría de forma definitiva en 1912 en los Balcanes, preludiando el estallido de la Gran Guerra. Finalmente, los

autores analizan las experiencias de la guerra y el estallido de la Revolución Rusa mirados desde la situación de la Europa central y oriental y el impacto que ambos procesos tuvieron allí, donde el paso desde la dimensión nacional a una colectiva en torno al proyecto de una nación para los eslavos del sur —Yugoslavia— tuvo un rol destacado, al tiempo que en Hungría Bela Kun proclamaba una república socialista.

El tercer capítulo se adentra en las tres décadas que median entre la finalización de la Guerra Civil Rusa y el fin de la Segunda Guerra Mundial, atravesando la compleja experiencia de la Guerra Civil Española y el stalinismo. A caballo entre la represión brutal de los fascismos que emergían de la primera posguerra, así como de la represión y compleja relación con el Politburó de Moscú, los autores ponen en tensión la compleja realidad regional en el marco de la defensa de la tierra soviética, pero también de las autonomías largo tiempo deseadas y disputadas bajo el temor y la esperanza que simultáneamente despertaba la Unión Soviética. De esta forma, problematizan la experiencia comunista sobre nuevos Estados herederos de los problemas irresueltos de los viejos imperios multinacionales destinados a constituir un “cordón sanitario” contra el expansionismo soviético y las aspiraciones alemanas.

La segunda mitad del libro, en cambio, se focaliza en la formación de la Europa del Este como una unidad de sentido posterior a la derrota del nazismo y el fascismo, abriendo paso a una experiencia comunista en la mitad oriental del continente, impensable para el ciclo previo a la guerra. En este cuarto apartado los autores ingresan en el ciclo de expansión de la ambición de Stalin por teñir de rojo la mayor parte posible del mapa, donde esa compleja Europa central y oriental pasará a constituirse como el bloque del este bajo la siempre tensa relación con Moscú. Si bien por momentos la imagen de Stalin aparece sobredimensionada, se logra problematizar adecuadamente los niveles de autonomía que lograron detentar otros líderes regionales. Como bien advierten los investigadores, no significa que la otrora irreductible región del este europeo de golpe se unificó y amalgamó, pero sí que el nuevo contexto de posguerra abrió el camino para una mayor integración y unidad bajo el blasón rojo. El ciclo es analizado desde los procesos de autosoviétización de los diferentes actores sociales entre 1945 y 1953, año en que las fisuras se volvieron evidentes, aspecto que la muerte de Stalin atizó.

El quinto capítulo aborda la experiencia del “socialismo realmente existente”, aquel que se abrió pasó tras la muerte de Stalin y que tuvo en el muro de Berlín un hito epocal. Es en este pe-

río que los autores identifican un parteaguas con el comunismo previo a 1953, signado por un mayor proceso de democratización interna y desestalinización, pero sobre todo de expansión económica y experimentación pragmática posibilitada por el “deshielo” de los años cincuenta. A su vez, el traslado del eje de conflictos desde Europa al tercer mundo configuró un período relativamente menos tenso en la Europa del Este, la cual, a su vez, logró alcanzar una dimensión internacional desconocida previamente. Estos fueron, para los autores, los años del optimismo socialista, un período de esperanza de crecimiento y de descompresión. Este ciclo encontrará su punto de fatiga en la aciaga experiencia represiva de Checoslovaquia en 1968.

El último capítulo aborda el período que los autores caracterizan como de “normalización” después de la represión a la primavera de Praga, aquel proceso de reformas que fue visto con alarma desde el Kremlin como una posible manzana podrida, y que activó la invasión de los miembros del Pacto de Varsovia, hasta la desintegración del bloque soviético a finales de los años ochenta. A contramano del ciclo previo, los años setenta y la década siguiente vieron proliferar estrategias represivas y conservadoras por dos vías. Por un lado, para evitar otras Praga en la región, pero por el otro, por parte de los mismos países que veían con temor sufrir la misma suerte que Checoslovaquia si eran vistos como reformistas, llevando a endurecerse internamente, como fue el caso yugoslavo contra sus naciones federadas. Mientras este repliegue se observaba en buena parte del bloque del este, Alemania oriental, Polonia y Bulgaria iban a contramarcha y con mejores vínculos con el mundo occidental, mostrando nuevamente que la unidad de sentido de la Europa del Este lejos estaba de ser monolítica.

Por otro lado, resulta interesante cómo los autores se alejan de lecturas simplificadoras en torno a sociedades cautivas por los servicios secretos de inteligencia, como la Stasi, demostrando cómo la resistencia y la conflictividad fueron un signo del período, y no la pasividad. Un candente clima social, economías que habían perdido brillo, “revoluciones de terciopelo” y erráticas medidas para salvar al comunismo constituyeron un cóctel molotov que en 1991 daría el golpe de gracia a la experiencia soviética. Finalmente, en un muy valioso epílogo los autores repasan el más allá de la experiencia soviética, el proceso poscomunista y cómo en algunos países fue tramitado de forma pacífica mientras en otros desencadenó brutales guerras signadas por el chovinismo, como en la ex Yugoslavia.

La obra que tenemos entre manos, de esta forma, constituye un material llamado a ser, seguramente, de consulta académica obligatoria. Esto se debe no solo a la vacancia que viene a remendar, sino por el atinado recorte metodológico que lo aleja de *clichés* y sentidos comunes, para abordar la región de Europa del Este con densidad histórica, reponiendo en cada capítulo las principales discusiones historiográficas y escapando a reduccionismos de todo tipo. En este sentido, lejos de pensar al comunismo como un actor inmutable y pétreo, por momentos caricaturizado, como suele pensarlo cierto sentido común, el libro le devuelve la plasticidad e historicidad, demostrando que su destino finisecular lejos estaba de estar escrito en mármol, dimensión que permite problematizarlo en las diversas coyunturas políticas, sociales y nacionales.

A su vez, como efecto no deseado pero virtuoso, *Nueva historia del comunismo en Europa del Este* constituye un valioso aporte a la historia de la Rusia soviética también, donde su presencia acompaña las páginas no como una figura espectral, sino como un actor que tuvo un rol destacado sobre la región en estudio, pero en absoluto teleológico. Dicho rol no es leído como un manto protector, como un ventrílocuo, ni siquiera como el ineludible capricho stalinista sobre los destinos de la “cortina de hierro” que denunciara Churchill, sino que es puesto en entredicho al analizar la capacidad de agencia que los actores sociales tuvieron en la construcción de su propia experiencia al comunismo, donde el Oso Rojo podía suponer tanto una guía e inspiración para algunos, como un terror a conjurar para otros.

Por momentos se percibe un desbalance que orienta el astrolabio fuera de Europa del Este, aunque el mismo resulta equilibrado y argumentalmente necesario y válido, por cuanto es un detalle que no puede ser facturado a una obra de tal envergadura. Por otro lado, al tratarse de una historia del comunismo, resulta llamativa la virtual ausencia de la clase trabajadora en el análisis, llamada a ser el sujeto revolucionario de la enunciación política. Si bien el registro del estudio es de una historia política e institucional del comunismo mirada desde las estructuras partidarias y de poder, hubiese sido muy rico conocer más sobre la composición obrera y sobre las experiencias de bolchevización de la clase trabajadora de la región de Europa del Este. No obstante, el único atisbo de malestar que este gran libro deja al cabo de sus 272 páginas es lamentar que se termine y que no tenga el doble de páginas.